

Séneca y América

Análisis de un presentimiento literario

Las utopías geográficas que *presienten* un Nuevo Mundo, desde la antigüedad clásica y la Edad Media hasta la exploración y conquista de los territorios americanos por parte de España, alimentan una doble visión del mito del oro. Por un lado, los países legendarios donde se objetiva la riqueza y el poder que genera el codiciado metal —El Dorado, El Paititi, la Ciudad de los Césares— fundan la dirección de una aventura hacia lo desconocido y una geografía de lo imaginario marcada por el ubicuo signo del oro mítico. Pero, simultáneamente, América permite el feliz reencuentro en su territorio de la Edad de Oro perdida en el Viejo Mundo. Los primeros pasos de la aventura americana del hombre occidental oscilan en forma contradictoria entre estos extremos, en los que el oro es, al mismo tiempo, «el botín y el prodigio».¹

La propia empresa de Cristóbal Colón está marcada por esa ambivalencia. ¿No anota acaso— el descubridor de América un ejemplar del *Imago Mundi* de su propia mano con las indicaciones sobre las piedras preciosas y los tesoros de las míticas islas de la antigüedad que espera encontrar en las Indias Occidentales, mientras escribe en su *Diario* y en las *Relaciones* de sus viajes su progresivo convencimiento de estar investido de una misión espiritual estrechamente aliada al *hallazgo* del Paraíso Terrestre en tierra americana?

Pero si el mito aparece inequívocamente bajo este doble signo es posible preguntarse: ¿Cómo pudieron aliarse en una misma empresa misiones tan contradictorias como lo eran la de la recuperación de la Edad de Oro y la de la conquista del país de El Dorado?

¿Hallazgo o descubrimiento de América?

En este ensayo nos proponemos encontrar una interpretación al doble signo del oro en el descubrimiento de América. Para ello partiremos de unos de los *presentimientos literarios* más significativos del Nuevo Mundo: los famosos versos finales del Acto II de la tragedia *Medea* de Séneca:

Tiempos vendrán al paso de los años en que suelte el océano las barreras del mundo y se abra la tierra en toda su extensión y Tetis nos descubra nuevos orbes y el confín de la tierra ya no sea Tule.²

¹ En «*Les utopies géographiques*», *Le principe esperance* por Ernst Bloch. Gallimard, París, 1982; vol. II, pp. 361-417; se desarrolla esta sugerente teoría.

² *Medea* (volumen I de las Tragedias de Séneca. Biblioteca Clásica Gredos n.º 26, 1979; p. 308). Las citas siguientes del texto de Séneca corresponden a esta edición.

En ese breve texto, escrito en los inicios de la era cristiana, está encerrada la clave de la contradicción que marcará, catorce siglos más tarde, la empresa del descubrimiento: por un lado, la lamentación por la pérdida irremediable de la era dorada y, por el otro, el anuncio alborozado de nuevos orbes en el horizonte geográfico de la humanidad.

Pero para entender cabalmente el significado textual de la tragedia de Séneca hay que olvidar momentáneamente la fuerza retroactiva que tuvieron los vaticinios del Coro a partir de 1492, cuando se convirtieron en una profecía cumplida. Porque a partir del 12 de octubre de 1492, estamos frente a la verificación histórica de una predeterminación literaria. A lo acertado de la dirección indicada —el oeste de Europa, a través del Mar Tenebroso donde se habían concentrado los indicios de nuevos mundos a lo largo de la Edad Media— se podía añadir la nota de un orgulloso patriotismo. Séneca, un cordobés, otorga a España el mérito fundacional de su vasto imperio, ya intuido en el siglo I de la era cristiana.

No es exagerado decir que el significado original de los versos de *Medea* se perdió en ese momento avasallado por la consecuencia histórica que mejor expresaba la condición del hombre del Renacimiento. Un hombre *curioso* que, no conforme con el mundo conocido, había buscado nuevos espacios más allá de sus fronteras y al cual el texto de *Medea* le había dado un inesperado respaldo brotado de lo profundo de la historia clásica.

Pero no sólo el presentimiento literario de Séneca dio un fundamento poético al descubrimiento, sino que también apoyó científicamente los planteos de cosmógrafos y navegantes de la época. Estrabón y los sabios del siglo XV, entre los que figuraban el florentino Toscanelli y el alemán Behaim, afirmaron haber tenido en cuenta las palabras del Coro de *Medea* para elaborar sus proyectos geográficos de navegación en la dirección del sol poniente. Es más, según el testimonio del hijo del descubridor de América, Hernando Colón, esta profecía había sido factor decisivo en los proyectos de la expedición de su padre. Así lo escribió al margen de una página del ejemplar de las tragedias de Séneca que poseía: *Haec propheta expleta est per patrem meum Christoforum Colon almirantem 1492*, es decir:

Esta profecía fue cumplida por mi padre, el almirante Cristóbal Colón en el año 1492.³

Un respaldo poético, filosófico y científico que tuvo sus connotaciones políticas. Gracias al presentimiento de Séneca, Cristóbal Colón pudo recuperar el mérito del *descubrimiento* de América que la historia parecía haberle arrebatado. Frente a lo que unos llamaban el *hallazgo* casual de América y otros el proyecto explícito de *descubrir* una región, cuya existencia se conocía de antemano, Colón se había transformado en un navegante que había topado por azar con el Nuevo Mundo, mientras que Américo Vesputio era quien había poseído la conciencia explícita y deliberada del *descubrimiento*.

Para devolver a Colón el mérito de *descubridor* de América, Francisco López de Gomara, Gonzalo Fernández de Oviedo, Bartolomé de las Casas y su propio hijo, Hernando, buscaron entre los nombres de los autores de la antigüedad a quienes habían

³ Citado por Jesús Luque Moreno en la edición anotada de *Medea* (op. cit.).

enunciado con sus presentimientos literarios o vagamente científicos el propósito de *descubrir* conscientemente un Nuevo Mundo. Todo debía servir a Cristóbal Colón en la *recuperación* de ese *presentimiento* de América. Aristóteles, Averroes, Estrabón, Plinio, Solino, Marco Polo, Mandeville, Pedro d'Ailly y Julio Capitolino eran citados profusamente, junto a los relatos anónimos y las leyendas sobre islas y tierras paradisíacas situadas en los *confines* del mar Tenebroso.

En realidad, desde el «reino de los muertos» del antiguo Egipto a los paraísos greco-romanos y celtas, pasando por la geografía mítica de tierras legendarias de clima ideal y cosechas abundantes que se inscribían en la cartografía de lo desconocido, los espacios ideales de lo imaginario occidental generalmente se habían situado hacia el oeste de Europa. Con estos antecedentes no era difícil percibir el reflejo de una especie de *consenso* geográfico en la profecía del Coro de *Medea*.

Una profecía más fatalista que optimista

El desproporcionado efecto *histórico* que tuvo la profecía de Séneca oscureció el sentido interno de la tragedia. Porque en realidad, si nos atenemos exclusivamente a la función trágica del anuncio del Coro, descubrimos que en el vaticinio de los «nuevos confines» del mundo no hay un mensaje optimista. Por el contrario, estamos frente a una sombría interpretación de la historia de la humanidad. Si los hombres abandonan su patria en pos de nuevos confines, es porque han perdido la felicidad en su tierra de origen, nos sugiere el filósofo cordobés. Profetizar que Tetis, hermana y esposa del Océano, permitirá un día que se revelen los secretos escondidos más allá del límite de lo conocido es una maldición lanzada al futuro, más que el jubiloso anuncio de un descubrimiento.

En el siglo I, el viaje hacia lo *incógnito* no es una empresa guiada por una optimista confianza en el progreso de la humanidad o por la *curiosidad* ante los espacios inexplorados, tal como se percibiría en el Renacimiento, sino, por el contrario, este viaje hacia lo desconocido es la consecuencia de una *caída* de un estado paradisíaco anterior en que vivía el hombre, el inherente a la Edad de Oro. En ese momento, el espíritu de exploración geográfica no es una virtud, sino la fatal maldición resultante de haber quebrado el orden natural y divino de la Edad de Oro. El hombre *huye* del territorio del paraíso perdido y si adquiere la noción de *cambio* que lo lleva al *desajuste* es porque debe enfrentar un mundo en que «toda barrera ha sido eliminada».

Lejos de la reiterada (por no decir estereotipada) glorificación con que se ha coronado a partir de 1492 al ilustre cordobés, Lucio Anneo Séneca, una interpretación, exclusivamente basada en el texto literario de *Medea*, se impone. A su luz —y no sin sorpresas para el lector— el propio descubrimiento de América adquiere un significado diferente.

I. Orden natural y Edad de Oro

Para los autores greco-latinos que escribieron sobre la Edad de Oro, desde Hesíodo a Macrobio, pasando por Demócrito, Dicearco, Luciano, Lucrecio, Ovidio y Virgilio,